

La puerta para entrar es la oración. Pues pensar que vamos a entrar en el cielo sin entrar en nosotros conociéndonos y considerando nuestra miseria, y lo que debemos a Dios, pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino.

En la oración es donde el Señor da luz para conocer las verdades. (pág. 160).

Por mucho que tengan que hacer, no dejen de procurar tiempo para tener oración.

Todas las cosas de más subida perfección se imprimen en la oración.

Con que se haga bien la oración, que es lo más importante, no dejarán de cumplirse los ayunos y disciplinas y silencio que manda la Orden. (pág. 161).

San Carlos Borromeo (m. 1584).— Entre todos los medios que el Señor nos dejó en el Evangelio, el que ocupa el primer lugar es la santa oración.

La oración es la madre de todas las virtudes, la cual, por ser principio, progreso y coronamiento de todas, no hay ninguna otra tan encomendada en toda la Escritura, ni hay ninguna que deba sernos tan familiar, ni que más a menudo y con mayor interés necesariamen-

te hayamos de procurar ejercitar todos los fieles.

Tened ánimo, hijitos míos, que en vuestras manos está vuestra salud: basta con que la queráis, basta con que consintáis, basta con que la pidáis...; porque el que os hizo sin contar con vosotros, no os salvará sin vosotros. (pág. 172).

San Luis Gonzaga (m. 1591).— El que no sea hombre de oración, no llegará nunca a un alto grado de santidad, ni triunfará nunca de sí mismo. Toda la cobardía y la poca mortificación que se echa de ver en las almas religiosas, no procede sino de que se descuida la oración, que es el medio más corto y eficaz para alcanzar las virtudes. (pág. 175).

Beato Alonso de Orozco (m. 1591).— Conviene que estés avisado: más te vale una hora de oración, que un día entero de lección; porque en la lección tienes por maestro al libro, y en la oración al Espíritu Santo.

Nota bien que en la oración es donde se halla el camino para llegar a la sabiduría; luego, fuera de ella, andas perdido buscando el verdadero saber. Pluguiese a Dios que como

Salomón, partieses sabiamente el niño a las dos madres, que son la lección y la oración... Pártele de forma que siquiera des tantas horas a la oración como al estudio. (pág. 176).

La vida es una lucha continua sobre la tierra, como dice Job (7); pues siendo la oración la única arma poderosa que tenemos, ¿cómo la vamos a descuidar?

Dice San Bernardo: ¿Qué gusto sientes cuando ayunas? ¿Pues acaso por eso no es bueno ayunar? Y si das limosna, si sirves a los pobres, si lo haces por Dios, en todo mereces aunque no sientas gusto y suavidad. Por tanto, aunque en la oración no sientas gusto, no por eso deja de ser muy meritoria. (pág. 177).

San Juan de la Cruz (m. 1591).— Quien huye de la oración, huye de todo lo bueno.

Por ninguna ocupación se debe dejar la oración mental, que es el sustento del alma.

Nunca falte a la oración, y cuando tuviere sequedad y dificultad, por el mismo caso persevere en ella, porque quiere Dios muchas veces ver lo que tiene en su alma, lo cual no se prueba en la facilidad y gusto. (pág.181).

Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan abrasar el mundo con sus

predicaciones y obras exteriores: que mucho más provecho traerían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración... Ciertamente, entonces harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque, de lo contrario, todo es martillar y hacer poco más que nada, y aún a veces daño. (pág. 183).

San Felipe de Neri (m. 1592).— No hay nada que el demonio tema más que la oración, por eso anda continuamente buscando medios con qué poder destruir en las almas el espíritu de oración... Y es que la oración mental y el pecado no pueden estar juntos.

El hombre que no hace oración es como un animal sin razón. No hay cosa mejor para el hombre que la oración, y sin ella no es posible sostenerse por mucho tiempo en la vida de la gracia: por eso es preciso recurrir cada día a este poderosísimo medio de salvación.

Por este motivo tiene el demonio tanto miedo a la oración, y no hay cosa que le eno-

je tanto, y ninguna procura impedir con mayor empeño como la oración (pág. 184).

San Pascual Bailón (m. 1592). No pidas nada que no entiendas que Dios quiere que la pidas, el cual tiene mayor voluntad de dar y conceder tu petición que tú tienes de pedirle, y está siempre esperando que le pidamos. Por tanto, más te ha de hacer pedir la gana que Dios tiene de darte, que no la necesidad que tú tienes de lo que le pides. (pág. 184).

Ciertamente no se equivocará nadie que asegure ser la oración la causa y origen de toda virtud y justicia, y que ninguna cosa de todas cuantas son necesarias para la piedad, puede entrar en el alma donde falte la oración. (pág. 185).

San Pedro Canisio (m. 1597).— Es inexcusable el hombre que se mantiene tan perezoso e inobediente en no querer orar y orar como es debido. Ese tal peca contra Dios Padre, que está dispuesto a escuchar a todos, más aún, a ayudar a todo el que le invoca. (pág. 189).

Antonio de Molina (m. 1612).— La ora-

ción es la que gobierna toda la vida espiritual, como lo demuestra la experiencia; pues, al paso que anda la oración, anda todo el aprovechamiento del alma y el ejercicio de las virtudes. (pág. 195).

San Juan de la Concepción (m. 1613).— Dice Santo Tomás que al que hace lo que puede, Dios no le niega su gracia... Por tanto, debemos llegarnos a la oración con tal confianza de que nos dará Dios lo que pedimos, porque lo tiene prometido sin condiciones, diciendo que siempre que pidamos algo nos lo concederá (Jn. 14,14; 16,23). En este caso el hombre pide lo que le deben, supuesta la palabra y promesa de Dios, y por tanto, pide lo que es suyo. (pág. 212).

San Alonso Rodríguez (m. 1617).— Esta es la mejor de las obras de todas cuantas puede hacer un cristiano; pues ésta es aquella mejor parte que escogió María, y ésta es, entre todas las cosas de la que Dios más se sirve... Pues aquí es donde nuestro corazón se ejercita más en el amor actual de Dios, que es la mejor de todas las obras, como dice Santo Tomás... (pág. 213).

El remedio para conocer y hacer la voluntad de Dios es la oración, el tratar el alma muy a menudo con Él, para que el Señor la enseñe a hacer su santa voluntad, y le de gracia para ponerla por obra. (pág. 214).

Tanto cuanto mejor haga el alma la oración, tanto más conocerá a Dios, y tanto cuanto más el alma conoce a Dios, tanto más le ama y se aficiona a Él... (pág. 218).

Mayores deseos tiene Dios de comunicarse con nosotros y de hacernos mercedes que nosotros tenemos de recibirlas; sino que está esperando que nosotros se las pidamos y tengamos verdadera hambre y deseos de alcanzarlas. (pág. 222).

San Juan Berchmans (m. 1621).— Si hago bien mi oración, no habrá ningún peligro de perder mi vocación; porque en el descuido de la oración está el origen de toda apostasía de la religión...

Quien no ama la oración no puede perseverar en la vida espiritual. Si no tengo el hábito de la oración, no podré vivir en paz en la Compañía. La oración desagrade tanto al demonio que no ahorra ningún esfuerzo para impedirla... (pág. 226).

San Roberto Belarmino (m. 1621).— No hay santo alguno que no haya sobresalido en la oración...

¡Ay de nosotros si nuestra vida fuera puramente activa! Porque cuanto intentemos aprovechar a los otros, nos perjudicaremos a nosotros mismos, sino es que también les perjudiquemos a ellos.

Si queremos alcanzar la perseverancia, no tenemos más remedio que pedírsela a Dios todos los días hasta la muerte... Es moralmente imposible que pueda vivir sin pecado quien no hace oración. (pág. 229).

San Francisco de Sales (m. 1622).— Emplea todos los días una hora antes del desayuno, y si puede ser por la mañana temprano, en meditar, pues entonces tendrás tu espíritu más espejado después del descanso de la noche. No debes emplear más de una hora a no ser que tu padre espiritual te aconseje lo contrario... La práctica seria de este ejercicio es una de las cosas más importantes en la religión y en la vida espiritual. (pág. 230).

Aquí en la oración es donde debemos perseverar continuamente, y créeme, hermano, que no podremos ir a Dios Padre si no es por

esta puerta. Y no tienes que apresurarte para rezar mucho, sino procura decir de corazón lo que dices; pues un sólo padrenuestro rezado con atención, vale más que muchos rezados veloz y apresuradamente. (pág. 231).

San Simón de Rojas (m. 1624).— Viendo Dios que en lo que más nos importa andábamos perezosos, no quiso dejar a nuestra cortesía este soberano ejercicio de la oración, sino que nos obligó a orar con particular precepto. De manera que así como estamos obligados a amar a Dios y al prójimo... de igual modo se nos obliga a orar, como enseña Santo Tomás. (pág. 232).

Es tan alta y poderosa la virtud de la oración en la vida espiritual, que ella es la que regula y concierta nuestras vidas, de tal manera que, tal como sea nuestra oración, serán todas nuestras virtudes y la santidad de nuestras vidas. (pág. 245).

Venerable Luis Lallemant (m. 1635).— Es cierto que un hombre de oración hace mucho más bien en un año que otro en toda su vida. (pág. 247).

San José de Calasanz (m. 1648).— El religioso que no sabe hacer oración es como un hombre desarmado, que pueden herirle por todas partes.

El religioso que no sabe hacer oración mental, es como un cuerpo sin alma. Poco a poco comienza a dar mal olor de sí... (pág. 254).

El superior debe emplear todas sus artes para introducir en la oración a los súbditos.

Sin la oración no se puede estar bien con Dios; porque es tan necesaria al hombre interior como el alimento corporal al hombre exterior. (pág. 252).

San Vicente de Paul (m. 1660).— En la oración mental es donde yo encuentro el aliento de mi caridad... Lo de mayor importancia es la oración; suprimirla no es ganar tiempo sino perderlo. Dadme un hombre de oración y será capaz de todo.

La oración es el alimento del alma; lo mismo que todos los días necesitamos el alimento corporal, también necesitamos todos los días el alimento espiritual para la conservación de nuestra alma. (pág. 258).

Debéis hacer oración todos los días, tal

como indican vuestras reglas. Diré más aún, hijas mías: hacedla, si podéis, a cualquier hora, e incluso, no salgáis nunca de ella, porque la oración es tan excelente que nunca la haréis demasiado, y cuanto más la hagáis, más la querréis hacer, si de veras buscáis a Dios. (pág. 259).

¡Si supieseis, hijas mías, qué fácil es distinguir una persona que hace oración de otra que no la hace! Se ve muy fácilmente. Veis a una hermana modesta en sus palabras y en sus acciones, prudente, recogida, santamente alegre; entonces podéis decir: «He aquí una hermana de oración». Por el contrario, aquella que acude a ella poco o nada, la que aprovecha cualquier ocasión que se presente para no ir a la oración, dará mal ejemplo, no tendrá afabilidad ni con sus hermanas ni con sus enfermos, y será incorregible en sus costumbres. ¡Qué fácil es ver que no hace oración! (pág. 265).

En el nombre de Dios no faltéis nunca a la oración, y comprended la importancia de hacerla bien. Mirad, la oración es tan necesaria al alma para conservarla viva como el aire al hombre, o como el agua a los peces. Pues bien, lo mismo que los hombres no podemos

vivir sin aire, sino que morimos al no poder respirar, de la misma forma una Hija de la Caridad no podrá vivir sin la oración y morirá a la gracia si la deja. (pág. 267).

San Claudio de la Colombiere (m. 1680).— No debe dejar la oración por ningún motivo; si le molesta estar de rodillas, siéntese, es lo mismo... Manténgase en la presencia de Dios cuanto le sea posible y gustará con humildad las dulzuras que encontrará en la oración. No tema engañarse. (pág. 289).

Cuente sus penas a Nuestro Señor que está siempre cerca y dentro de usted... Cuando le falte consuelo en la oración, debe soportar con humildad la impaciencia que tiene de acabar, y, para mortificarse, quédese algo más de tiempo que lo ordinario. (pág. 288).

San Juan Bautista de la Salle (m. 1719).— La oración de padecimiento vale más que cualquier otra y, cuando Dios le ponga en ella, debe tenerlo por dicha muy grande. No tome ningún libro en ese tiempo; no lo necesita. (pág. 294).

La oración ha de ser su principal apoyo; no la deje, pues, nunca, a no ser que se halle

enfermo. Ella disipará las nieblas y la ignorancia de su mente. Guíese por el espíritu de fe: estar en la presencia de Dios es importantísimo para usted. No se detenga... (pág. 295).

Dos cosas son necesarias para la eficacia de la oración: Primera, la fe: «Todo cuanto pidiereis si tenéis fe lo alcanzaréis» (Jn. 16,23).

Dice «todo», indistintamente; nada exceptúa. ¿Quién osaría creer que tiene la fe tal eficacia como para alcanzar infaliblemente cuanto se pide a Dios, si el mismo Hijo de Dios, verdad por esencia, no lo asegurase?

Tened por seguro que, cuanto más os apliqueis a orar, mejor desempeñareis vuestro empleo; pues no pudiendo por vosotros producir bien alguno en orden a salvar las almas, tenéis que dirigiros a Dios con frecuencia, para obtener de Él lo que vuestra profesión os obliga a comunicar a otros. Así lo enseña Santiago cuando dice que «Dios es el Padre de las luces, y que de Él desciende todo don perfecto»; esto es, todo cuanto se da y es necesario a los hombres para conseguir su eterna salvación. (pág. 298).

San Alfonso M.^a de Ligorio (m. 1787).—

Pues si tenemos, por una parte, que nada podemos sin el socorro de Dios, y por otra que ese socorro no lo da ordinariamente el Señor sino al que ora, ¿quién no ve que de aquí fluye naturalmente la consecuencia de que la oración es absolutamente necesaria para la salvación? Es verdad que las gracias primeras, como la vocación a la fe y a la penitencia las tenemos sin ninguna cooperación nuestra, según San Agustín, el cual afirma claramente que las da el Señor aún a los que no se las piden. Pero el mismo doctor sostiene como cierto que las otras gracias, y sobre todo el don de la perseverancia, no se conceden sino a los que oran.

A la manera que quiso el Señor que sembrando trigo tuviéramos pan y plantando vi-
des tuviéramos vino, así quiso también que sólo por medio de la oración tuviéramos las gracias necesarias para la vida eterna... Así lo enseña San Agustín: «Quiere el Señor concedernos sus gracias, pero sólo las da a aquel que se las pide» (pág. 311).

Se peca porque se quiere, pues demuestra la experiencia que quien recurre a Dios no peca, y quien a Dios no recurre, peca infaliblemente... Si somos vencidos, la culpa es totalmente nuestra, por no haber orado...

No es igual rezar que orar: Muchos Rezan el Rosario, el Oficio de la Virgen y hacen otras obras exteriores de devoción, y, sin embargo, continúan en pecado; al paso que quien hace oración mental es imposible que continúe en pecado, porque, o dejará la oración, o abandonará el pecado, pues como decía un gran siervo de Dios: «Vida de oración y de pecado no pueden estar juntas» (pág. 377).

A alguno que haya leído mis obras espirituales, tal vez me habré hecho pesado recomendando con tanta frecuencia el uso de la oración, su importancia, su necesidad continua. Yo al contrario, temo no haber insistido aun lo bastante. Sin cesar se nos inculca en el Antiguo y Nuevo testamento la necesidad de orar: «Invócame y Yo te libraré», «Invócame y Yo te oiré benigno»; «Conviene orar perseverantemente y no desfallecer». «Pedid y se os dará». «Velad y orad para que no caigais en la tentación». «Orad sin intermisión», etc. Por tanto, me parece, pues, no haber hablado con demasía de la oración sino antes poco.

Yo desearía que los predicadores nada recomendasen tanto como la oración; que los confesores a nada exhortasen tanto como a la

oración; que los escritores de nada escribiesen tanto como de la oración. Y de esto me lamento y pienso que es castigo de nuestros pecados, de que tanto predicadores, como confesores y escritores, hablan muy poco acerca de la oración. (pág. 379).

San Pedro Julián Eymard (m. 1868).— Sabed que estáis estrictamente obligados, bajo pena de condenación a orar. Abrid el Evangelio y al punto veréis el precepto de la oración. Claro que no está indicada la medida, porque esta tiene que ser proporcionada a las necesidades de cada uno. Debéis, sin embargo, orar lo bastante para manteneros en estado de gracia, lo suficiente para estar a la altura de vuestros deberes. (pág. 410).

Orando convertían los santos países enteros. ¿Acaso oraban más que cualquier otro del mundo? No siempre; pero oraban mejor, con todas sus facultades. Sí, todo el poder de los santos estaba en su oración ¡y vaya si era grande, Dios mío!

Quitad a un cuerpo su alimento, y muere. Quitad a un alma su oración, a un adorador su adoración, y se acabó: ¡cae para la eternidad!

La oración es la vida del alma. ¿Será posible? Sí, y certísimo. Ni la confesión será capaz de levantaros. Porque, a la verdad, ¿para qué sirve una confesión sin contrición? Y, ¿qué otra cosa es una contrición perfecta que una más perfecta oración?

Tampoco os servirá la Comunión. Pues, ¿qué puede obrar la Comunión en un cadáver, que no sabe hacer otra cosa que abrir unos ojos atontados? Y aun caso de que Dios quiera obrar un milagro de misericordia, cuanto pueda hacer se reducirá a inspiraros de nuevo afición a la oración. El que ha perdido la vocación y abandona la vida piadosa, comenzó por abandonar la oración... Porque, lo repito: nunca podrá Dios salvarnos sin hacernos orar. (pág. 412).

La oración es la característica de la religión católica y la señal de la santidad de un alma, y aun la misma santidad. Cuando veáis que uno vive de oración, decid: veo un santo.

Quienquiera que ore, llegará a hacerse santo.

La oración es luz y poder; es la acción misma de Dios, de cuyo poder dispone el que ora.

Nunca veréis que se hace santo uno que no

ora. No os dejéis engañar por hermosas palabras o por apariencias, que también el demonio puede mucho y es muy sabio... (pág. 413).

Las buenas obras exteriores no constituyen por consiguiente la santidad de un alma, así como tampoco la penitencia y la mortificación. ¡Qué hipocresía y orgullo no encubren a veces un hábito pobre y una cara extenuada por las privaciones!

Por el contrario, un alma que ora, posee un carácter que nunca engaña. Cuando se ora se tienen todas las demás virtudes y se es santo. ¿Qué otra cosa es la oración sino la santidad practicada? En ella encuentran ejercicio todas las demás virtudes, como la humildad, que hace que confeséis ante Dios que os falta todo, que nada poseéis; que os hace confesar vuestros pecados, levantar los ojos a Dios y proclamar que sólo Él es santo y bueno... La oración es la mismísima santidad, pues encierra el ejercicio de todas las demás virtudes.

Sí; la oración por sí sola vale más que todas las demás virtudes, y sin ella nada hay que valga ni dure. La misma caridad se seca como planta sin raíz cuando falta la oración que la fecunde y la refresque.

Porque en el plan divino, la oración no es

otra cosa que la misma gracia. No habéis parado mientes en que las tentaciones más violentas son las que se desencadenan contra la oración? Tanto teme el demonio a la oración que nos dejaría hacer todas las obras buenas posibles, limitando su actividad a impedir que oremos o viciar nuestras oración.

¿Preferimos la beneficencia? —No se dice en el Evangelio que haya que preferir la salvación del prójimo a la propia, sino todo lo contrario: «¿Qué le servirá al hombre convertir al universo mundo, si perdiera su alma? (Mt. 16,26). La primera ley es salvarse a sí mismo, y no se salva sino orando. Esta es, ¡ay!, una ley que se viola todos los días. Fácilmente se descuida uno por favorecer a los otros y se entrega a las obras de caridad. Claro, la caridad es fácil y consoladora, nos eleva y honra, en tanto que la oración... huimos de ella por ser perezosos. No nos atrevemos a entregarnos a esta práctica de la oración porque es cosa que no mete ruido y resulta humillante para la naturaleza.

La oración es el alimento del alma; para vivir hace falta alimentarse; la condición ineludible para vivir sobrenaturalmente es orar.

Nunca abandonéis la oración, aun cuando

fuere preciso abandonar para ello la penitencia, las obras de celo y hasta la misma Comunión... ¡Como! ¿Dejar la comunión que nos da a Jesús, antes que la oración? Sí; porque sin la oración, ese Jesús que recibís es como un remedio cuya envoltura os impide recibir sus saludables efectos. Nada grande se hace por Jesucristo sin la oración; la oración os reviste de sus virtudes, y si no orais, ni los santos ni el mismísimo Dios os harán adelantar un paso en el camino de la perfección.

¡Oh, os lo vuelvo a repetir, dejadlo todo, pero nunca la oración; ella os volverá al buen camino por lejos que estéis de Dios, pero sólo ella! En haciendo bien la oración, todo lo demás os vendrá por añadidura. (pág. 416)

San Antonio M.^a Claret (m. 1870).— El primer medio del que me he valido y valgo siempre, es la oración. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del Purgatorio.

Cada día, haré, al menos, una hora de oración mental por la mañana, o media por la mañana y media por la tarde. (pág. 424).

La oración es un manantial fecundo de todos los bienes y un tesoro inagotable capaz de cubrir todas nuestras necesidades. Es una escala por la que subimos a Dios y por la que hacemos que su divina majestad baje hasta nosotros. Es la llave que nos abre las puertas del cielo y nos facilita francamente la entrada en él... (pág. 425).

Santa Teresita del Niño Jesús (m. 1897).— La oración y el sacrificio constituyen todas mis fuerzas; son mis armas invencibles. Conmueven los corazones mucho más que las palabras; lo sé por experiencia... Solamente podemos ser útiles a la Iglesia por la oración y el sacrificio. (pág. 427).

Sor Lucía de Fátima.— Escribía a un sacerdote: «Lo que te recomiendo por encima de todo es que te llegues al sagrario y ores. En la oración fervorosa recibirás la luz, la fuerza y la gracia que necesitas... Sigue este camino y verás que en la oración encontrarás más ciencia, más luz, más fuerza, más gracia y virtud de todo lo que pudieras conseguir leyendo muchos libros o haciendo grandes estudios. Nunca consideres mal gastado el tiem-

po que emplees en la oración... Que falte tiempo para todo lo demás, pero nunca para la oración. Estoy convencida de que la principal causa del mal que hay en el mundo y de los fallos de tantas personas consagradas, proviene de la falta de unión con Dios a través de la oración. (pág. 477).

IMPORTANCIA DE LA SANTA MISA Y DE LA SAGRADA COMUNIÓN

¿Qué es la Misa?

La Misa es el mismo sacrificio ofrecido por Jesucristo en el ara de la cruz, para la salvación de todos los hombres.

Pablo VI nos enseña en el Credo del pueblo de Dios:

«Creemos que la Misa celebrada por el sacerdote, representante de la persona de Cristo, en virtud del poder recibido por el Sacramento del Orden, y ofrecido por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo Místico, *es el sacrificio del calvario*, hecho presente sacramentalmente en nuestros altares» (30-6-1968).

¿Qué vale la Misa?

Dice Bosuet: «Nada hay más sublime en

el mundo que Jesucristo, y nada más sublime en Jesucristo que su sacrificio».

Y siendo la Misa ese mismísimo Sacrificio de Cristo, se sigue que ella es lo más grande que tiene la Iglesia Católica.

Por tanto, la Misa es de un valor infinito, de un valor único, de un valor de Dios.

Sea dicha por el Papa o por un simple sacerdote, por un santo o por un pecador, concelebrada o no concelebrada etc., su valor no cambia.

La Misa es de un valor tal que con nada se puede comparar.

Oigamos a San Alfonso M.^a de Ligorio:

—«Dios no puede hacer que haya obra más grande, ni más sacrosanta que la celebración de una Misa» (Selva. I, c.7).

—«La Misa es la acción más santa y más agradable a Dios que se puede llevar a cabo, tanto en razón de la víctima ofrecida, que es Jesucristo, víctima de dignidad infinita, cuanto en razón del primer oferente, que es el mismo Jesucristo, que se ofrece por manos del sacerdote» (Ibid. II,c.1).

—«Por eso el sacerdote que celebra una Misa sacrificando a Jesucristo, tributa a Dios una honra infinitamente mayor que la que to-

dos los hombres le tributarían muriendo por Él, con el sacrificio de sus vidas.

Además, el sacerdote con una sola Misa tributa a Dios más honor que el que le han tributado, y tributarán todos los ángeles del cielo, con María Santísima, quienes no pueden tributarle culto infinito, como el sacerdote que celebra en el altar» (Selva. P.I. c.1).

Frutos de la Misa

Si la Misa es el mismo Sacrificio de la Cruz, como nos asegura la fe, resulta que ella tiene el mismo valor y nos consigue los mismos frutos que aquel: la redención.

¿Y qué es la Redención?

a) Nos limpia de los pecados.

«Esta es mi Sangre, de la Nueva Alianza, que será derramada por muchos (por todos), para remisión de los pecados» (Mt. 26,28).

b) Nos da la nueva vida sobrenatural de la gracia, por la que somos hijos de Dios.

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn. 10,10).

c) Nos abre las puertas del cielo.

«Y cuando habré ido, y os haya preparado lugar, vendré y os llevaré conmigo, para

que donde Yo esté, estéis también vosotros» (Jn. 14,3).

Fines de la Misa

Nos hace capaces de pagar todas las deudas que tenemos contraídas con Dios.

El Angélico doctor Santo Tomás explica cuáles son nuestras deudas u obligaciones para con Dios, y entre ellas cita especialmente cuatro, y todas son infinitas.

La primera, alabar y honrar la infinita majestad de Dios, que es digna de honores y alabanzas infinitas.

La segunda, satisfacer por los innumerables pecados que hemos cometido.

La tercera, darle gracias por los beneficios recibidos.

La cuarta, en fin, dirigirle súplicas, como autor y dispensador de todas las gracias.

Ahora bien: ¿cómo se concibe que nosotros, criaturas miserables que nada poseemos podamos, sin embargo, satisfacer deudas de tanto peso?

A esto responde San Leonardo de Portomauro:

«No tenemos que preocuparnos, pues te-

nemos el medio más fácil y el más a propósito para consolarnos y consolar al mundo. Procuremos asistir con la mayor atención al mayor número de Misas que nos sea posible; hagamos celebrar muchas, y por exorbitantes que sean nuestras deudas, por más que sean sin número, no hay duda que podremos satisfacerlas completamente por medio del inagotable tesoro de la Santa Misa.

¿Cómo hemos de oír la Misa?

Para oír bien la Misa y conseguir con ella los mayores frutos, lo primero y principal es saber que estamos asistiendo al Sacrificio incruento de Cristo, el mismo Sacrificio del Calvario, y al mirarlo en la Sagrada Hostia que en la consagración eleva el sacerdote, imaginarnos que lo estamos viendo elevado sobre la Cruz, y adorándolo de rodillas con profunda devoción, ofrecerlo y ofrecernos a nosotros con Él al Eterno Padre, por los cuatro fines que anteriormente hemos expuesto.

Dice Juan Pablo II: «En virtud de la consagración, las especies del pan y del vino, *representan* de modo sacramental e incruento, el Sacrificio cruento propiciatorio ofrecido por

Él en la Cruz al Padre para la salvación del mundo».

Por tanto, la Misa *re-presenta*, hace presente, actualiza, hace actual aquí y ahora el Sacrificio de la Cruz.

Al asistir a la Misa hemos de obedecer a la Iglesia siguiendo, todas las rúbricas y ceremonias prescritas, permaneciendo de pie, de rodillas o sentados, aunque por devoción sintamos deseos de permanecer de rodillas o de otra forma.

Y en el momento más importante, que es el de la consagración, cuando Jesús descien- de del cielo y se encierra en la Santa Hostia, por favor, arrodillémonos siempre que nos sea posible, pues escrito está:

«Yo juro por mi mismo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y que toda lengua ha de alabar a Dios» (Rm. 14,11).

Ante «Jesús, se doblará toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en los infiernos» (Fil. 2,10).

Pues si hasta los demonios doblan sus rodillas delante de Cristo, ¿quién te crees que eres tú que no te arrodillas en la consagración?

Quienes no se arrodillan durante la consagración, creo que no lo hacen por maldad, sino porque no pueden y otros por ignorancia.

El momento más importante de la Misa

El momento más importante de la Misa, es sin duda el de la consagración. Las lecturas anteriores, la homilía, si la hay, y todas las oraciones anteriores a la consagración, son como una preparación para lo que es el Sacrificio de la Misa, el cual empieza y termina en el momento de la consagración.

Dice un autor:

La esencia de la Misa está en la consagración, pues, al consagrar primero el cuerpo de Cristo, y luego separadamente la sangre, representa a Cristo en el Sacrificio que derrama su sangre separándose del cuerpo al morir en la Cruz...

Y en este punto culminante de la Misa es donde se hace presente el Sacrificio del Calvario, porque sobre el altar está aquel cuerpo que murió por nosotros en la Cruz y aquella sangre que en la Cruz fue derramada hasta la última gota por nosotros.

Pero aunque el momento de la consagración es el más importante, no obstante para nosotros el más provechoso es el de la comunión si lo sabemos aprovechar.

La Sagrada Comunión

Hoy día comulga mucha gente, pero me da mucha pena el decir que creo que muchos comulgan mal.

San Pablo dice en su Carta a los Corintios: «Quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, se traga y bebe su propia condenación (1 Cor. 11,29)».

La palabra «discernir» significa saber lo que se hace; saber bien a quién se recibe. Y desgraciadamente yo creo que muchos no lo saben. Porque si lo supieran, no se comportarían de la forma que lo hacen.

Cierto que casi todos los que comulgan saben que reciben el cuerpo y la sangre de Cristo. Pero quizá piensan que reciben el cuerpo y la sangre muertos; o si creen que reciben a Cristo vivo, tal vez piensan que solamente permanece en la Sagrada Hostia, hasta que lo toman y que inmediatamente que esta llega al estómago desaparece.

La Sagrada Comunión es una audiencia

Si tu pidieras una audiencia para hablar con un rey o con el Sumo Pontífice, y éste

accediera a concederte media hora para hablar contigo, si tú inmediatamente después de entrar en su despacho y saludarle, le dijeras: «Bueno, ya me voy, porque no sé que decirle, y porque además me aburro...» ¿No sería ésta una falta de respeto imperdonable?

Pues en la Sagrada Comunión Jesucristo viene a tu corazón para estar contigo, y para que le pidas lo que quieras, y le cuentes tu vida y tus preocupaciones, y viene con el propósito de estar contigo de quince minutos a media hora, ¡y tú te atreves a dejarlo inmediatamente que acaba la Misa, cuando aún no hace ni cinco minutos que ha venido para estar contigo!

Dicen los teólogos que, Jesucristo, tal como está en el cielo, glorioso, pero invisible, viene a estar con el que comulga, y permanece con él, hasta que se deshace y corrompe la Sagrada Hostia que ha comulgado. Es decir: el tiempo que se calcula que tardan en corromperse las especies sacramentales, los doctores calculan que pueden ser de veinte minutos a media hora, que es el tiempo que Jesús permanece sacramentalmente en el alma del que ha comulgado.

Por tanto: si tú sales de la iglesia después

de comulgar, inmediatamente que acaba la Misa, te llevas contigo a Jesús como si fueras un sagrario, y los que se tropiezan contigo deben de doblar la rodilla y hacer la genuflexión, porque tú tienes dentro de ti a Jesús Sacramentado.

Antiguamente, cuando un sacerdote llevaba la comunión a algún enfermo, siempre le acompañaba alguien con dos velas y una campanilla, para que la gente por donde pasaba se pusiera de rodillas.

Y por este motivo, San Juan de Ávila, viendo que cierta persona solía salir de la iglesia después de haber comulgado, inmediatamente que acababa la Misa, mandó a dos monaguillos que con cirios encendidos lo acompañasen hasta su casa. La citada persona, extrañada, preguntó que por qué le acompañaban con los cirios, y ellos le dijeron: «porque se lleva Vd. al Santísimo, y es costumbre que cuando se saca de la iglesia se le acompañe con velas encendidas». Y desde aquel día se dice que ya no volvió a salir sin antes hacer un rato de oración y dar gracias por la audiencia recibida.

El testimonio de los Santos

San Pedro Julián Eymard, dice: «El momento más solemne del día es el consagrado a la acción de gracias después de la comunión, porque tenéis entonces a vuestra disposición al Rey de los cielos y tierra, a vuestro Salvador y juez, muy dispuesto a concederos cuanto le pidáis. Consagrad, si podéis, media hora a la acción de gracias, o a lo menos, extremando las cosas, un cuarto de hora...».

San Juan Bautista de la Salle a sus religiosos: «Estad persuadidos de que en toda la vida no hay mejor tiempo para tratar con Dios que el de la comunión y los minutos que le siguen, durante el cual tenéis la dicha de tratarle cara a cara y de corazón a corazón».

Santo Tomás de Villanueva, dice: «Con respecto a las horas mejores y más a propósito para orar, yo no hallo otra más oportuna y conveniente que la que sigue a la comunión, pues, mientras duran en nosotros las especies sacramentales, no menos acatamiento hacen al Redentor del mundo los ángeles en el pecho del que lo recibió que si lo viesan en la custodia. Por tanto, sería caso de gran descomedi- miento y mala crianza si el que lo acaba de

recibir en su pecho, se ocupase luego fuera de sí en negocios no necesarios de inevitable necesidad que no sufrieran dilación».

San Juan de Ávila, cuyas misas se prolongaban más de una hora, aconsejaba: «Acabada la Misa, recójase media hora a dar gracias, y aprovéchese de Él, no de otra manera que como lo hizo Zaqueo cuando vivía; porque el mejor tiempo de todos es aquel mientras el Señor está en nuestro pecho, cuyo tiempo no se ha de gastar en otra cosa si no es que nos viéremos forzados por alguna extremada necesidad...».

Santa Teresa: «Estaos vos con Él de buena gana; no perdáis tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado... Y no suele su Majestad pagar mal la posada si le hace buen hospedaje».

San Alfonso M.^a de Ligorio: A la celebración de la Misa ha de seguir la acción de gracias..., pero ¿cuántos son los que la dan?... El tiempo que sigue a la Misa es tiempo de negociar con Dios y de hacerse con tesoros celestiales de gracias...».

A los testimonios aducidos, podríamos añadir otros muchísimos más; pero basten estos para darnos la idea de la importancia de los minutos que siguen a la comunión.

Voy a terminar con unas palabras del gran teólogo espiritual *P. Garrigou-Lagrange*:

«Los fieles que salen de la iglesia apenas han comulgado, ¿acaso han olvidado que la real presencia de Cristo persiste en ellos como las especies sacramentales alrededor de un cuarto de hora después de la comunión? ¿Y cómo es que no pueden hacer compañía al huésped divino durante este corto lapso de tiempo? Nuestro Señor nos llama, se nos da con tanto amor, ¿y nosotros no tendremos nada que decirle y ni siquiera queremos escucharle unos instantes?

Los santos, en particular Santa Teresa, nos ha dicho repetidamente que la acción de gracias sacramental, la oración de aquellos minutos que siguen a la comunión, son para nosotros el momento más precioso de toda la vida espiritual».

«Dada la importancia del tiempo que sigue a la comunión, lo que necesitamos para hacerla bien, es avivar más nuestra fe en la presencia real de Jesucristo, y recogiendo en ese momento los sentidos, hacer como Santa Teresa que, «se consideraba a los pies de Jesús y lloraba con la Magdalena, ni más ni menos que si le viera con los ojos corporales

en casa del fariseo... Pues, si cuando Jesús andaba en el mundo, con sólo tocar sus ropas, sanaba los enfermos, ¿por qué habremos de dudar que nos hará mil milagros si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéremos al estar dentro de nosotros, pues está en nuestra casa?»

Condiciones para comulgar bien

La comunión bien hecha es la obra más santa, más agradable a Dios, y la más importante y provechosa de nuestra vida. Pero para ello hay que hacerla bien, pues si comulgamos mal, será para nosotros motivo de nuestra propia condenación.

Por eso dice el Apóstol:

«Cualquiera que comiere este Pan, o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, examínese a sí mismo el hombre, (y si se halla con la conciencia limpia de pecados y cumple las demás condiciones); de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz; porque quien lo come y bebe sin discernir el cuerpo, se traga y bebe su propia condenación» (1 Cor. 11,27-29).

Dos cosas son necesarias para poder co-

mulgar: Primera, estar limpios de pecados graves. Nadie puede comulgar teniendo la conciencia manchada con algún pecado mortal. No basta estar muy arrepentido, ni tampoco basta haber hecho un acto de verdadera contrición. Antes de comulgar es necesario confesarse y recibir la absolución.

Lo segundo es el ayuno eucarístico: Hay que estar sin haber comido ni bebido desde una hora antes de recibir la comunión. Solamente se permite beber agua y tomar medicinas. Los muy ancianos y los enfermos no están obligados a guardar ninguna clase de ayuno.